

## CAPITULO IX.

1531-1535

Los indios de Campeche hostilizan tambien á los españoles.—Pasa el Adelantado á México en busca de refuerzos.—Emplea casi todos los que consigue en Tabasco.—Situacion á que se ven reducidos sus compañeros en la península.—La abandonan.—Mision evangélica en Champoton.—Obstáculos con que tropieza.—Reflexiones.

Francisco de Montejo y los pocos soldados que le quedaban, recibieron con alborozo á sus antiguos compañeros de armas. Contáronse recíprocamente sus aventuras, y despues de derramar algunas lágrimas á la memoria de innumerables camaradas que habian quedado sepultados bajo los bosques de la península, resolvieron tentar todavía el último esfuerzo para no abandonar aquella empresa que tantos sacrificios les costaba. Los pocos elementos de que el Adelantado disponia en Campeche, le habian impedido hasta entónces practicar ninguna operacion; pero ahora con la incorporacion de los antiguos colonos de Villa-Real, sus fuerzas ascendian á un centenar de hombres. Es verdad que ésta no era mas que la cuarta parte del ejército con que tres años ántes habia desembarcado

cerca del Cabo Catoche; pero era la bastante para practicar un reconocimiento en las inmediaciones en busca del único objeto que podia recompensar tantos padecimientos.

Hacia mucho tiempo que bullia en la imaginacion de Montejo el deseo de averiguar si las colinas que por tierra circundan á Campeche, encerraban metales preciosos (1), y quizá su viaje á aquella region del país despues del abandono de Chichen, no habia tenido otro objeto. La llegada del contador Avila y del mineralogista Vasquez era una oportunidad que no debia perderse, y dispuso que ámbos, acompañados de cincuenta hombres, salieran á reconocer el terreno.

Los aborígenas, que se habian abstenido de hostilizar á los españoles miéntras se mantuvieron quietos en su campamento, luego que los vieron internarse en el país, empezaron á concebir algun recelo. Sabiendo despues cuán pocos eran los que habian quedado en la costa, cayeron un dia repentinamente sobre ellos, en un número que algunos hacen llegar hasta veinte mil. El Adelantado que oyó el tumulto desde su alojamiento, se armó violentamente, montó á caballo, trepó una colina, ocupada ya por un escuadron de enemigos, y comenzó á arengarlos, exhortándolos á que depusiesen las armas, puesto que los castellanos no les hacian daño alguno. Pero los indios que no habian venido á escuchar arengas, sino á pelear, corrieron hácia él, luego que le reconocieron, y le estrecharon de tal manera que le fué imposible la retirada. Allí mismo hubiera terminado la carrera de Montejo, si los naturales no se hubiesen empeñado en cogerle vivo, con el deseo de ofrecerle en holocausto á sus dioses. Sujetaron su caballo, le quitaron la lanza y le obligaron á desmontar. Pero en aquel momento un

(1) Sierra.--Los indios de Yucatan, capítulo I.

ginete español, llamado Blas Gonzalez, se abrió paso entre las filas enemigas con el hierro de su lanza, y seguido de algunos compatriotas suyos, llegó al grupo agresor, donde lograron salvar á su caudillo de la triste suerte á que habia sido condenado. Malgrado este golpe, que indudablemente habria obligado desde entónces á los españoles á desistir de su empresa, los indios comenzaron á aflojar en el ataque, hasta que le abandonaron completamente, alejándose en distintas direcciones.

Poco tiempo despues de este incidente, Alonso de Ávila volvió de su expedicion. Habia sido tan infructuosa como la de Bakhahal, y el mas grande desaliento empezó á cundir en la mísera colonia. La tierra habia sido reconocida en distintas zonas, y en ninguna se habia encontrado un solo indicio de metales preciosos. En cambio, los naturales eran quizá los mas aguerridos y feroces del continente, y el ejército expedicionario, despues de cuatro años de incesante lucha, estaba reducido ya á la cuarta parte de su fuerza y no poseia mas terreno que el que ocupaba con sus armas.

Como si todo esto no fuese bastante para hacer naufragar la empresa de Montejo, llegó por aquella época hasta la aislada playa de Campeche la fama de las riquezas del Perú, en cuya conquista se hallaban empeñados entónces Francisco Pizarro y Diego de Almagro. La noticia pudo haber llegado un poco exagerada á tan remota distancia; pero de cualquier modo que hubiese venido, debió producir en nuestros colonos la misma impresion que haria en un hombre condenado á morir de hambre, la relacion de un banquete. La conmocion fué general, y Montejo no tardó en notar con espanto que sus antiguos amigos comenzaban á abandonarle para ir en busca del vencedor de Atahualpa. La historia no dice como se llevaban al cabo estas deserciones; pero como el campamento se hallaba en la costa, es de presumir que los desertores se escapasen en las mismas canoas

de los indios, ó en alguna nave española que de tarde en tarde debería arribar á la colonia (2).

Por una de estas naves, ó quizá por alguna de las que habia traído de España, el Adelantado, pocos dias despues de su llegada á Campeche, habia dado cuenta á la corte del mal éxito de su empresa. Aprovechó esta oportunidad para pedir socorros y solicitar que se aumentase á su gobierno la provincia de Honduras, alegando que con la gente que habia en ésta y la que tenia en Yucatan podria pacificar ambas regiones. Cuando este documento llegó á Madrid, se tenian allí muy malas noticias del que lo suscribia. Habíasele acusado de no haber traído á su expedicion el número de religiosos que prevenian expresamente las disposiciones dictadas en 17 de noviembre de 1526; y la católica reina Doña Juana, que á la sazón gobernaba sola la monarquía por ausencia de su hijo, habia dirigido una cédula á la real audiencia de México, ordenándole que averiguase si era verdadera esta falta y que el expediente de la averiguacion lo mandase cerrado y sellado á su soberana para disponer lo convediente.

Esta cédula tiene la fecha de 22 de setiembre de 1530 y la solicitud de Montejo debió llegar á España á fines del mismo año ó principios del siguiente. La relacion de sus servicios y de las privaciones á que habia estado sujeto hicieron sin duda tal impresion en el ánimo de los consejeros de Doña Juana, que en 4 de Abril de 1531 se despachó otra cédula á la misma audiencia, en que la reina, despues de manifestar su satisfaccion por los servicios que Montejo habia prestado á la corona, ordenaba que se le prestasen los auxilios necesarios para llevar al

(2) El célebre defensor de los indios, Fr. Bartolomé de las Casas, de quien mas tarde nos ocuparemos, pretende en su Historia de la destruccion de las Indias Occidentales, que varias naves españolas arribaban por aquella época á las costas de la península á comprar efectos del país y esclavos que los conquistadores hacian en la guerra.

cabo su empresa. No se le concedió la provincia de Honduras que había pedido, porque aunque según Herrera (3), había muy buena disposición en la corte para concederle este nuevo favor, impidióle la circunstancia de haberse opuesto los agentes de Pedro de Alvarado, por hallarse comprendida aquella región entre los límites de Guatemala.

Luego que el Adelantado tuvo noticia de este despacho, resolvió pasar á la Nueva España, con el objeto de rehacerse de los elementos necesarios para proseguir su obra. Dejó á Alonso de Avila en Campeche con la poca gente que le había permanecido fiel, y él se embarcó acompañado de Gonzalo Nieto y de los individuos de su familia. Llegado al término de su viaje, vendió los bienes que allí poseía, como conquistador de México, y con el producto de esta venta y los auxilios que le prestó la real audiencia, compró armas, víveres y caballos y equipó algunos soldados para dar la vuelta á Yucatan. Pero impidióse por algún tiempo la pacificación de Tabasco, en cuya empresa se empeñó por aquella época, sea por haber recibido una orden especial para intentarla, ó por hallarse comprendida aquella provincia entre los límites de su gobierno. Con este motivo hubo necesidad de dividir aquellos elementos en dos partes, una con que se quedó en Tabasco y otra que ingresó en Campeche.

Llegó este refuerzo á la trabajada colonia el año de 1532, y apenas fué suficiente para que Alonso de Avila pudiese conservar aquel pedazo de tierra, único que poseía en la península. Sus soldados seguían desertándose para buscar el camino del Perú, y ninguna incursión podía hacerse al interior del país. Vivían de la pesca y del maíz que arrebatában á los indios de las cercanías. Pero éstos que no se dejaban arrancar impunemente su propiedad, herían ó mataban con frecuencia á

(3) Cogolludo, Historia de Yucatan, libro II, capítulo X.

los merodeadores. Como si ésto no fuese todavía bastante, el clima comenzó á hacer grandes estragos en aquellos extranjeros, mal alojados y peor alimentados, en una costa insalubre.

Entretanto Montejo luchaba con grandes dificultades en Tabasco. Había fundado á Santa María de la Victoria; pero los naturales no se habían resignado á la ocupación, y luchaban con todas sus fuerzas para expulsar á los extranjeros de su territorio. Entónces el Adelantado, á quien el fracaso de Chichén Itzá debía hacer más cauto, comprendió que con sus pocos elementos no podía sujetar á la vez dos regiones tan extensas, como Tabasco y Yucatan, y pensó en llamar á su ayuda á la gente que tenía en la península. Vino con este objeto á Campeche el capitán Gonzalo Nieto; y Alonso de Avila, que cada día se veía rodeado de mayores dificultades, celebró esta determinación, que le permitía volver á reunirse con su antiguo compañero de armas y participar de sus nuevos peligros (4).

Parece que la colonia no fué por entónces abandonada del todo. El mismo Gonzalo Nieto (5) se quedó en ella con algunos amigos leales, sin otro objeto probablemente que con el de hacer constar con aquella ocupación precaria que el Adelantado no renunciaba á su empresa. Pero muy pronto se vieron

(4) Es esta la última vez que el nombre de Alonso de Avila suena en la historia. ¿Qué se hizo de él? Murió en la conquista de Tabasco? Volvió á España ó á México á gozar de sus encomiendas? Vanos han sido nuestros esfuerzos para averiguarlo. Bernal Díaz del Castillo, que con una prolijidad asombrosa dá cuenta de casi todos sus compañeros de aventura, al llegar al valiente contador solo dice que *ó en Yucatan ó en México murió*. Pero evidentemente no murió en la península, porque consta que fué á reunirse con Montejo á Tabasco, y si hubiese venido á las expediciones posteriores, un nombre, como el suyo, no habría podido ocultarse, y la historia lo hubiera consignado en sus páginas.

(5) Los sucesos acaecidos por esta época en la península, están referidos en Cogolludo con alguna confusión. Unas veces Gonzalo Nieto aparece dando la vuelta á Tabasco con Avila (libro III, capítulo I) y otras quedándose en Campeche hasta 1535 (libro II, capítulo X). Nosotros nos hemos decidido por el último extremo, y los sucesos referidos en el texto nos parecen rigurosamente históricos, como lo acreditan las probanzas de aquel capitán, citadas por el mismo Cogolludo.

reducidos á la mas angustiosa desesperacion. Luego que se agotaron las provisiones traidas de Tabasco, se renovaron en mayor escala las calamidades con que ántes habia luchado Alonso de Avila. Las enfermedades endémicas de la costa se cebaron en los nuevos colonos, y los que salian á proveerse de víveres en las inmediaciones, volvian casi siempre cubiertos de heridas. La estrella de la conquista se oscurecia cada vez mas en la península, y llegó un dia en que solo quedasen cinco hombres sanos para velar por los heridos y los enfermos. La desesperacion de los castellanos llegó á su colmo, y al principiar el año de 1535, todos gritaron á voz en cuello que era preciso abandonar á Campeche. Inútiles fueron todos los esfuerzos que Gonzalo Nieto hizo para detenerlos. Los amotinados se embarcaron en su presencia, y entónces el capitán, que era á la vez alcalde de la colonia, se paró en la orilla del mar, protestó contra aquel desamparo forzoso para que en ningun tiempo pudiese perjudicar á los derechos de su general, y fué el postrero que puso el pié en la lancha de los fugitivos.

Tal fué el desastroso fin de la primera expedicion europea, que intentó sujetar á la corona de España el país de los mayas. La lucha fué terrible, sangrienta. En ningun campo hubo nunca perdon para el vencido. Si los invasores cometieron crueldades, las represalias de los indios fueron cruentas. El desgraciado español que caia vivo en sus manos, si no era inmolado inmediatamente en el campo de batalla, era sacrificado despues en el altar de los dioses. Las pérdidas fueron proporcionadas á la impetuosidad y al carácter de los combatientes. Si Montejo perdió casi todos los soldados con que inició la lucha, los cadáveres de sus contrarios quedaban regados á millares por el campo, despues de cada combate.

Pero no fué ésta la única desgracia que entónces experimentaron los indios. Despues de la salida de los españoles sobrevino una de esas sequías que son tan frecuentes en la pe-

nínsula, y como con la guerra se habia consumido todo el maíz de los silos, se declaró una hambre cruel que mató una parte considerable de la poblacion. No terminaron aquí las calamidades públicas, porque en los años siguientes, nubes de langostas se arrojaron sobre las sementeras y las devoraron (6). El hambre volvió á presentarse con todos sus horrores, los indios se alimentaban con raíces y frutas silvestres, y los que no podian alcanzar ni el alimento que la naturaleza ha proporcionado á los brutos, caian muertos de inanicion en los caminos y en las plazas públicas. Habia sonado la última hora del imperio maya en el reloj del destino; y esa ley misteriosa que obliga á los pueblos á dar un paso en el sendero del progreso á cada evolucion de la humanidad, allanaba á los españoles el camino, que muy pronto debian volver á recorrer, para sujetar la península.

Pero ántes de engolfarnos en el relato de esta segunda expedicion, reclama nuestra atencion un incidente, que no carece de originalidad, y que mas tarde influyó poderosamente en los disturbios de la colonia.

Se recordará que en 22 de setiembre de 1530, se pidió á la real audiencia de México que informase sobre el número y clase de sacerdotes que Montejo hubiese traído á Yucatan para instruir á los indios en el cristianismo. Ignoramos lo que aquel tribunal informó y si la corte tomó ó no algun acuerdo en el asunto. Pero es indudable que la falta que cometió el Adelantado, no trayendo en su compañía el número de religiosos que prevenia la capitulacion, provocó la idea de intentar un nuevo género de conquista, muy conforme con las ideas filantrópicas, que defendia entónces con tanto calor el venerable Las Casas. Una de estas ideas era la de convertir las conquistas en misiones para hacer cesar el derramamiento de sangre, que estaba con-

(6) Landa, Relacion de las cosas de Yucatan, § XIV.

virtiendo la América en un vasto cementerio. Si el objeto de la dominación española, decía el ilustre protector de los indios, es la introducción del evangelio entre los gentiles, no mandéis al Nuevo Mundo soldados que lo desacrediten, sino sacerdotes que lo enseñen.

D. Antonio de Mendoza, que por aquella época gobernaba ya á la Nueva España con el título de virrey, creyó que Yucatan era un teatro adecuado para hacer la prueba, y de motu proprio ó excitado por la corte, dispuso que cinco frailes de la orden de san Francisco viniesen á la península con este objeto. Tomóse esta determinación cuando ya ningún español existía en ella; y para que el elemento religioso pudiese obrar con solo su poder, los misioneros recibieron la autorización de garantizar á los mayas que ningún soldado extranjero volvería á pisar su territorio. Fr. Jacobo de Testera y Fr. Lorenzo de Bienvenida son los únicos nombres que la historia nos ha conservado de los cinco enviados de Mendoza. Parece que la elección del virrey no pudo ser mas acertada. Cogolludo hace un elogio caluroso del P. Testera, que era el presidente de la misión, y asegura que estaba poseído de un celo ardiente para atraerse á los gentiles al cristianismo. Sus colaboradores estaban dotados de las mismas cualidades, y sin mas compañía que algunos indios mexicanos, que poco tiempo ántes habían recibido el bautismo, emprendieron intrépidos el camino de la península.

Si se considera la reputación de que entonces debían disfrutar los mayas, que acababan de espulsar de su suelo á los españoles; si se fija la atención en que estos conquistadores de nuevo género no llevaban mas arma que su palabra, ni mas escolta que unos cuantos americanos, cuya adhesión debía por lo ménos ser sospechosa, no puede ménos que excitar nuestra admiración el valor con que acometieron esta empresa, sin detenerse á calcular las dificultades y riesgos que podían sobrevenir. Era aquella la época en que la Iglesia española producía

mas héroes que el ejército, y la humanidad y la civilización tuvieron la fortuna de que los Testeras y Bienvenidas se hubiesen multiplicado en el Nuevo Mundo.

El 18 de marzo de 1535, la nave que conducía á los misioneros echó sus anclas frente á Champoton, en cuyo punto determinaron desembarcar para dar principio á sus tareas. Los mexicanos precedieron á los padres, y llevados á la presencia del cacique, expusieron el objeto de su embajada. Dijeron que cinco españoles solicitaban permiso para predicar su religión en la tierra, que no eran soldados, sino simples sacerdotes, y que ninguna arma traían consigo. Se dice que el cacique consultó el asunto con los principales de su corte y sus vecinos, y admirados todos de que pidiesen licencia para entrar en el país aquellos osados extranjeros que se habían abierto siempre paso con las armas en la mano, se apresuraron á concedérsela. Desembarcaron los cinco religiosos, y para captarse desde luego las simpatías de los indios, esparcieron la voz de que ningún soldado español pisaría aquella comarca, si escuchaban dóciles su doctrina.

Desde este momento, si se ha de creer á Las Casas (7) y á Cogolludo (8), Yucatan fué el teatro de escenas portentosas, ante las cuales palidecen los mas grandes milagros del cristianismo. El éxito de los misioneros fué tan extraordinario, que á los cuarenta dias de predicación, los indios mismos les trajeron á sus ídolos y contemplaron impasibles que los quemasen. Después de esto les llevaron á sus hijos para que los sirviesen y fuesen educados en el cristianismo, y luego les construyeron templos y casas para que habitasen. Pero no se detuvo aquí el entusiasmo de los habitantes de Champoton: doce ó quince

(7) Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales, artículo Yucatan.

(8) Historia de Yucatan, libro II, capítulo XII.

caciques de aquella comarca, con el beneplácito de sus pueblos, consultado en asambleas populares, reconocieron *de motu proprio* el señorío de los reyes de Castilla, y vinieron á poner en manos de los religiosos las actas que se levantaron con este motivo.

Como se vé, el pensamiento de Las Casas, puesto en ejecución por Mendoza, caminaba viento en popa, y amenazaba confundir á sus detractores con un éxito tan prodigioso. Pero entónces ocurrió un suceso, del cual declara autor el piadoso Cogolludo, al príncipe de las tinieblas.

Diez y ocho soldados españoles de á caballo y doce de á pié entraron al país por la frontera de Tabasco, trayendo por único patrimonio un gran cargamento de ídolos, robados probablemente en las provincias vecinas. Convocaron á los caciques de la tierra, y ponderando la gran virtud de aquellos dioses, que viajaban entre su equipaje, dijeron que estaban de venta á razon de ídolo por esclavo. Amenazaron con la guerra, si no despachaban pronto su mercancía, y los indios aterrizados se pusieron á comprar, dando dos hijos el que tenia tres, y uno el que solo tenia dos.

Alteróse con este motivo toda la tierra, y los neófitos corrieron indignados á presentar sus quejas á los franciscanos.—Nos habeis garantizado—dijeron—que no volverian á entrar españoles en el país, y no solamente han vuelto, sino que nos obligan á comprar al precio de nuestros hijos, ídolos iguales á los que nos habeis quemado.—Los benditos religiosos, comprendiendo que este argumento era incontestable, buscaron á sus desalmados compatriotas y los conjuraron á que abandonasen la península, en nombre de la religion que unos y otros profesaban. Pero aquellos mercaderes de ídolos, no solamente se negaron á acceder á este deseo, sino que hicieron entender á los indios que los misioneros tenian parte en la negociacion.

Entónces ya fué imposible á estos contener la indignacion

popular, próxima á estallar sobre sus cabezas. Supieron un dia que se intentaba asesinarlos, y no sintiéndose con valor para aspirar al martirio, apelaron á la fuga durante la noche. Parece que los neófitos, comprendiendo luego cuán injusto era su resentimiento, corrieron cincuenta leguas para hacerlos volver. Los frailes accedieron á sus súplicas; pero viendo que aquella diabólica treintena no abandonaba á Champoton, y adivinando que sus crímenes, que cada dia eran mas atroces, tarde ó temprano volverian á sublevar el rebaño contra sus pastores, metiéronse otra vez en sus naves y regresaron á la Nueva España.

Tal es el relato que de estos sucesos hacen, no solamente los dos historiadores ya referidos, sino otros citados por Cogolludo, como Torquemada y el bachiller Valencia. Pero suponemos que el juicio del lector nos ha precedido ya en las reflexiones, que sugiere su simple lectura.

Si se fija la atencion en que el P. Testera y sus compañeros no conocian el idioma de los mayas, ni traian consigo ningun intérprete, naturalmente surge en el ánimo la duda de que en solos cuarenta dias, hayan podido adquirir sobre ellos el ascendiente que se pretende. Si á esta consideracion se añade la de que ningun sentimiento se arraiga mas profundamente en el corazon humano, que el apego á una religion profesada de padres á hijos por centenares de años, la duda adquiere mayor consistencia, y el sentido comun vacila en aceptar como históricas, todas las victorias atribuidas á los cinco religiosos (9).

Los treinta españoles que entran luego en la escena con su cargamento de ídolos para dar al traste con la mision, son evidentemente parto de la imaginacion franciscana. Cómo! Los habitantes de *la bahía de la mala pelea*, que hicieron pedazos á los cien compañeros de Francisco Hernández de Córdoba, que un año despues lucharon valerosamente contra Juan de Grijal-

(9) Cogolludo dice que obró la gracia divina.

va y que mas tarde debian luchar todavía contra la segunda expedicion de Montejo; ¿se cruzaron ahora de brazos ante treinta aventureros y se amilanaron hasta el extremo de entregarles á sus hijos para ser reducidos á la servidumbre? (10).

Pero no es esta la única razon que acusa la inverosimilitud del hecho, tal al ménos como se le presenta. Las Casas, que fué en nuestro concepto el primero que lo dió á la estampa en su historia de la destruccion de las Indias, lo aceptó sin ningun exámen, porque sus filantrópicos sentimientos en favor de los americanos, lo llevaban á consignar todos los horrores que se contaban de los conquistadores. Quién se lo refirió á Las Casas? Lo ignoramos; pero es indudable que los franciscanos se apoderaron luego de él para hacer valer sus derechos como pacificadores de Yucatan, y reclamar en virtud de ellos ciertas prerrogativas.

Hay otra circunstancia, sobre la cual algunos críticos (11) han llamado con mucha justicia la atencion. Si Fr. Jacobo de Testera y sus cuatro compañeros hubieran logrado el sometimiento de la península, esto habria perjudicado indudablemente á los derechos que D. Francisco de Montejo habia adquirido en la capitulacion, y por los cuales habia sacrificado toda su fortuna. Los franciscanos que sabian esto muy bien ¿no habrán inventado ó exagerado cuando ménos las hazañas de los treinta aventureros para explicar el mal éxito de la mision de sus hermanos? Que hubo la intencion de zaherir á los conquistadores de Yucatan, lo prueba el hecho de asegurarse que la entrada de aquellos se verificó por la frontera de Tabasco, provincia en que no habia mas españoles en 1535 que los soldados de Mon-

(10) Cogolludo tambien se hace cargo de esta objecion; pero salva la dificultad diciendo que acaso los pecados de los champotoneros eran tan grandes, que aun no se habian hecho dignos de ser convertidos al Evangelio.

(11) D. Justo Sierra, Los Indios de Yucatan, capítulo II y aun el mismo Cogolludo, libro II, capítulo XIII.

tejo. Pruébalo tambien el hecho de que Cogolludo se afane por apartar de la frente de éstos la mancha de tan feo crimen, diciendo que la treintena se componia de fascinerosos escapados de la Nueva España, donde muchos compañeros suyos habian sido ahorcados por el Virey.

Hemos reservado para lo último la mejor prueba que en nuestro concepto puede aducirse en apoyo de lo que venimos diciendo. El franciscano Landa, que es un apologista constante de su órden y un detractor, algunas veces exagerado, de los conquistadores, no dice una palabra de esta aventura al hablar de la predicacion de su hermano Testera, á la cual no asigna por cierto época ni lugar (12).

Sea lo que fuere de la mision de Potonchan y de las dificultades que encontró, nosotros hemos cumplido con nuestro deber de historiadores al consignarlas en nuestro libro con las reflexiones á que se prestan. En vista de unas y otras, el lector emitirá su juicio, que será, como siempre, mas acertado que el nuestro.

(12) Relacion de las cosas de Yucatan, § XVII.—He aquí todo lo que dice sobre el particular: "Que Fr. Jacobo de Testera, franciscano, passo á Yucatan y comenzo de doctrinar á los hijos de los indios, y que los soldados españoles se quisieron servir de los mozos tanto que no les quedaba tiempo para aprender la doctrina, y que por otra parte disgustaron á los frayles quando los reprehendian de lo que hazian mal contra los indios, y que por esto Fr. Jacobo se torno a Mexico, donde murio."